

UNA HISTORIA DE PORFÍA FEMINISTA:
MARISOL VERA, DIRECTORA DE EDITORIAL CUARTO PROPIO

Elisa Montesinos
escritora y periodista
emontesius@gmail.com

Nacida en una familia numerosa, asentada en una parcela en la periferia de Santiago, el primer contacto de Marisol Vera con el mundo real fue su barrio en el cual familias de clase media convivían con sectores sociales marginados. Los libros estuvieron siempre, recuerda sonriendo, su padre los traía cada fin de semana, así como las infaltables revistas y los cuentos que les leía antes de dormir. “Mis orígenes familiares han sido determinantes tanto en mi relación con la literatura como en el proceso que me lleva, en su momento, a la fundación de un Cuarto Propio”, dice desde su oficina con vista a un jardín, siempre al costado de su escritorio algunas páginas en proceso de edición.

Al visitarla, es posible tropezar con una o más cajas y torres de libros, y descubrir en los anaqueles algunas de las ‘joyitas’ publicadas en casi cuatro décadas de constante labor, como *Los dones previsibles* de Stella Díaz Varín en 1992. Luego de tres libros que concitaron la atención de la crítica en su juventud, la poeta nacida en La Serena en 1926 y fallecida a los 80 años no había vuelto a publicar en casi tres décadas. Encontró en Cuarto Propio casa editorial y el apoyo infatigable de su directora para volver a las pistas y comenzar a ser releída y revalorada. Si consideramos que en su primera cuenta pública el presidente Gabriel Boric, en uno de sus discursos más recordados hasta ahora, citó a la autora serense, y que el libro *La palabra escondida: conversaciones con Stella Díaz Varín*, de Claudia Donoso (Ediciones UDP, 2021), acaba de ser reconocido con el premio Mejores Obras Literarias en la categoría de Escrituras de la Memoria, se puede comprender el alcance de la apuesta.

Desde su creación en 1984, Cuarto Propio ha aportado a la configuración del mapa de la literatura chilena contemporánea y latinoamericana. Al rescatar voces de mujeres que en su momento no tuvieron suficiente difusión o visibilidad, publicando desde un comienzo estudios culturales y de género, ensayos críticos y apostando por nuevas miradas en la poesía y la narrativa local, el aporte de la editorial ha sido innegable; de ahí el constante interés de la academia, principalmente estadounidense.

Diamela Eltit y Pedro Lemebel publicaron algunos de sus primeros libros con Marisol Vera. Así en 1995 *Por la patria*, segunda novela de Eltit, y *La esquina es mi corazón*, primer libro de crónicas de Lemebel, pudieron encontrar a sus lectoras y lectores. El trabajo de la editorial estaba ayudando a construir o reconstruir una audiencia para textos que exploraban los márgenes del lenguaje, vinculando lo literario con lo político, dando cabida además a estudios críticos sobre esas mismas obras. También la poeta Carmen Berenguer, quien había autopublicado el impactante libro *Bobby Sands desfallece en el muro* en versión corcheteada y con tapas de cartulina, publicó en Cuarto Propio *A media asta* (1988), *Naciste Pintada* (1999) y varias de sus obras más difundidas y recordadas, siendo la última la antología *Obra poética* (2018).

A comienzos del siglo XXI la editorial fue la primera en dar a conocer la obra de Nona Fernández con su libro de cuentos *El cielo*. Este volumen, al igual que *Cercada*, segunda novela de Lina Meruane, fueron publicados el año 2000 en una colección que circulaba en quioscos, ofreciendo a ambas autoras la posibilidad de llegar a un público amplio cuando daban sus primeros pasos en el mundo literario.

El hacer con otras y otros ha sido fundamental en este camino de contribuir a un panorama lector más alentador, diverso y paritario. La creación y orientación de la editorial se debe en gran parte al encuentro con las mismas escritoras y críticas que llevaron a cabo el Primer Congreso Internacional de Literatura Femenina Latinoamericana en Chile, 1987: Diamela Eltit, Carmen Berenguer, Nelly Richard, Raquel Olea y Eugenia Brito, entre otras. Posteriormente Marisol Vera también ha tenido un rol relevante en las batallas gremiales sostenidas con sus pares editores, desde los tiempos en que las editoriales independientes se contaban con los dedos. Fue una de las socias fundadoras de la Asociación de Editores Independientes, de la cual ha sido presidenta y directora, abriendo nuevos caminos para el libro chileno, tanto a nivel nacional como internacional, y contribuyendo a instaurar conceptos tan importantes como la bibliodiversidad en nuestro país.

¿Antes de ser editora, cuál era tu relación con la literatura y particularmente con la escritura de mujeres, y cómo fue el proceso que te lleva a la fundación de Cuarto Propio?

Crecí en una familia numerosa, de modo que mi entorno significativo principal giraba en torno al campo, a mi barrio, a mi familia nuclear y, desde allí, al mundo que nos rodeaba.

El barrio, constituido por una serie de parcelas habitadas por familias de clase media que habían optado por una vida más posible para sus proles en general tan grandes como la nuestra, junto a una gran cantidad de familias que sobrevivían en condiciones extremadamente precarias, me marcó de manera definitiva en dos grandes sentidos. Por un lado, me impregnó de una fuerte conciencia de las desigualdades sociales existentes y de un sentido del deber que orientaría mis pasos a buscar formas

de contribuir a su erradicación. Por otro, la vida social que permitía nuestro entorno era escasa, de modo que el aprendizaje que viene del intercambio con pares era muy limitado; ahí aparecieron los libros que cada fin de semana mi padre nos traía, junto a las infaltables revistas de entonces. Aventuras, vidas ejemplares, novelas, poesía, filosofía que leía indiscriminadamente, fueron mi primer pasaporte a las vidas, pensamientos y poéticas de los otros, trajeron el afuera a mi pequeño mundo.

Todos estudiamos en liceos, la educación pública era intransable para la cultura familiar. No recuerdo restricciones a la libertad para pensar, pero sí muchas a la de realizar actividades fuera de casa y exigencia de “recato”, porque “las mujeres no pueden”. Típico del conservadurismo moral de esos tiempos. Mis primeras rebeldías estallaron al comenzar la adolescencia: no aceptaba que mi hermano, apenas un año mayor que yo, pudiera moverse libremente, por ser hombre. *El segundo sexo* y *La mujer rota* de Simone de Beauvoir llegaron a mis manos por esa época y poco después *Un Cuarto Propio* de Virginia Woolf, que junto con *La revolución en libertad* de Jacques Maritain, considero las lecturas fundantes en mis opciones de vida y en el camino que casi 20 años más tarde me llevaría a fundar la editorial.

En 1964, con 16 años y estudiando Economía en la Universidad de Chile, la familia se trasladó a Estados Unidos a raíz de la incorporación de mi padre al BID (Banco Interamericano de Desarrollo). No volvería a vivir en Chile hasta fines de septiembre de 1973, ya casada y con dos hijos. El enfrentar la brutal realidad que el golpe había desatado sobre Chile me impactó como la caída de un rayo en la cabeza, instalándome, paso a paso, en el camino que sigo hasta hoy: contribuir al desarrollo del pensamiento crítico, la creación y el acceso a la lectura, con particular énfasis en el trabajo creativo de la mujer, como ejes de la construcción de una historia inclusiva y plural, que debía traspasar los restrictivos y excluyentes marcos de la cultura patriarcal imperante.

FEMINISMO, LA VERDADERA REVOLUCIÓN

Conociste a Julieta Kirkwood, figura señera del feminismo en Chile. ¿De qué forma te impactó su pensamiento y cómo marcó los inicios de la editorial?

Reingresé a la Escuela de Economía el 74, con el propósito de terminar la carrera, revincularme con mi país y sumarme a la incipiente resistencia que comenzaba a organizarse en las aulas. Egresé y, sin titularme, empecé a trabajar. En ese contexto, estuve a cargo de la realización de un estudio para detectar necesidades de capacitación para pescadores de las regiones I y II. Allí me encontré con las mujeres y percibí claramente que eran el verdadero motor que mantenía viva la precaria actividad de sus comunidades. Reconozco esa experiencia como uno de los hitos en la orientación de mi quehacer posterior.

Conocí por esos días a Julieta Kirkwood, quien me insistía que la verdadera revolución pasaba por el feminismo, lo que, a decir verdad, no me convencía enteramente para entonces, inserta como estaba en la lucha diaria contra la represión. Ya estaba en ciernes el proyecto de creación de La Casa de la Mujer La Morada, que se concretó en 1983. Paralelamente, continuaba colaborando con la resistencia al régimen y en ese contexto me pidieron hacerme cargo de una pequeña imprenta, que debía funcionar para el público como negocio, pero cuyo objetivo era imprimir material informativo de lo que estaba sucediendo con los detenidos y de análisis político. Impresos que luego las organizaciones correspondientes hacían circular. Había que financiar la operación y buscando clientes de impresión llegué a encontrarme con Fernando Balcells, como gerente de una empresa gráfica. Por cierto, también esa empresa servía de pantalla para el desarrollo de proyectos político culturales cuya ancla era la disidencia desde el arte, el activismo, la contracultura. Los primeros libros en los que tuve participación fueron editados ahí, bajo diversos sellos, pero en la misma empresa. El feminismo y la perspectiva de género vendrían después.

A través de Balcells conocí a Diamela Eltit, Nelly Richard, Lotty Rosenfeld, Carmen Berenguer, entre otras indispensables, en las que encontré maestras y amigas cuya perspectiva crítica y propositiva me era enteramente afín y que serían las inspiradoras y cómplices permanentes del trabajo realizado por Cuarto Propio.

No había editoriales que permitieran el registro y difusión para la enorme riqueza creativa y crítica que se estaba generando en esos espacios. Las tradicionales, bajo censura, publicaban, cuando lo hacían, solo materias anodinas. La necesidad de contar con este espacio era tema recurrente en nuestras conversaciones. Así fue germinando en mí la idea de crear una editorial. Como decía Julieta Kirkwood cuando hablaba de la porfía feminista, simplemente había que hacerlo y considerando que tenía alguna experiencia, me puse a la tarea sin saber realmente cómo. Se llamó Cuarto Propio, en homenaje a la ilustre pensadora inglesa, autora del ensayo homónimo cuya lectura me había impactado en la adolescencia, Virginia Woolf.

ESCRIBIR EN LOS BORDES

Arte, activismo, contracultura y disidencia confluyen en el nacimiento de este proyecto editorial que ha resistido las embestidas de la dictadura, primero, y posteriormente, la neoliberalización de la cultura. ¿Cuáles son las y los aliados, y los factores que te han permitido mantener encendida la llama de la resistencia y no claudicar?

Para desarrollar un proyecto como Cuarto Propio se requieren al menos dos elementos de muy distinto signo, ambos igualmente indispensables. El primero, por cierto, era que las y los autores e intelectuales confiaran sus obras a la propuesta de la naciente editorial. Y el segundo, asegurar los recursos materiales necesarios para

llevar a cabo la tarea de manera sustentable (financiamiento, equipo humano y físico, entre otros).

Respecto a lo primero, el apoyo de la comunidad objetivo (creadoras/es, investigadora/es, académica/os) fue contundente y muy generoso. Como ya he señalado, la gestación misma de Cuarto Propio obedeció a la urgente necesidad de recoger y difundir el pensamiento crítico y el trabajo creativo, indispensables para resistir el aplastamiento del que estaban siendo víctimas el pensamiento, la palabra. Ese espacio, no solo de protesta, sino de reacción, proponía una nueva mirada a nuestra sociedad desde el arte y la literatura; voces que sin interpelar directamente a la contingencia política, constituían una reserva de resistencia a través de la creatividad y que no tenían cabida alguna en el reducido mundo editorial de esos años.

Cuarto Propio no solo fue muy bienvenida, sino entusiastamente enriquecida con los trabajos y redes de las principales agentes de esta contracultura. Entre las aliadas fundamentales en esta etapa están por supuesto Diamela Eltit, Lotty Rosenfeld, Carmen Berenguer, Nelly Richard, Eugenia Brito, Olga Grau, Raquel Olea, Lucía Guerra, por mencionar solo algunas. También las ONG feministas, tales como la Casa de la Mujer La Morada, Fempress, Cedem, CEM, entre otras. Un hito decisivo en la temprana historia de Cuarto Propio, fue la publicación en 1990 de *Escribir en los bordes*, compilado de textos del Primer Congreso Internacional de Literatura Femenina Latinoamericana, realizado en Santiago en 1987. A partir de entonces, desde Chile, sectores de vanguardia de la academia latinoamericana y de los Estados Unidos, empezaron a confluír textos críticos de las y los principales pensadores chilenos y latinoamericanos, así como el trabajo de creación en poesía y narrativa, de quienes llegarían a ser después reconocidas como escritoras fundamentales en nuestras letras.

La enorme influencia y riqueza intelectual de estas mujeres ha hecho posible consolidar y mantener esta apuesta contracultural hasta hoy. Junto, por supuesto, a la famosa “porfía feminista” enunciada por Julieta Kirkwood, que me ha sostenido frente a las dificultades materiales y de diverso orden que opone la neoliberalización de la cultura al desarrollo de proyectos culturales como Cuarto Propio. Y esto me lleva al segundo punto, mucho más ingrato y solitario: el sustento material del proyecto.

Claramente, en el contexto de la cultura neoliberalizada que se impuso en Chile no era posible generar los recursos necesarios para sustentar un proyecto editorial como este. Primero, la cadena del libro en Chile había sido desarticulada. El poder comprador que representa el circuito institucional (bibliotecas, educación, academia), fundamental como destino de obras críticas, había prácticamente desaparecido. Las compras del Estado estaban reducidas a poco más que libros de textos escolares; las universidades no destinaban recursos a sus bibliotecas, privilegiando el uso de fotocopias; el número de librerías era escasísimo y estaba concentrado en la capital, sumado a espacios muy reducidos para crítica literaria en la prensa. La exportación de libros era y sigue siendo fuertemente castigada por el alto costo de los servicios

de correos y el nulo apoyo al transporte hacia el extranjero y dentro del país. Todo lo cual se traduce en que el retorno por ventas de libros no alcanza a cubrir los costos de su producción, los que deben ser cubiertos de alguna manera.

Segundo, las políticas públicas de fomento al libro y la lectura han sido escasas y de baja eficacia para combatir las trabas que el modelo de mercado neoliberal le impone a la circulación del libro. Los fondos concursables, si bien han sido muy bienvenidos, no son más que un parche; son un instrumento, pero no reemplazan a la política que aún está por verse. Los libros aún se fotocopian en las aulas universitarias, las bibliotecas públicas son escasas, el poder de compra del Estado se concentra en libros extranjeros, entre un largo etcétera.

Fue necesario entonces inventar formas de generar recursos para que los libros pudieran editarse y circular. Debo mencionar el primero, por curioso y fundamental para esa etapa. Adquirí los derechos de la agenda juvenil Click, para cuya producción conté con artistas entonces jóvenes, como Carlos Altamirano, Bruna Trufa, Arturo Duclos, entre otros; y empecé a distribuirla a través de la cadena Village con gran éxito de ventas. Esta fuente de ingresos se agotó al cabo de unos años y hasta hoy la batalla para continuar publicando ha sido y sigue siendo ardua.

La “porfía feminista” me impide rendirme frente a un enfoque reduccionista, neoliberal de la cultura y persistir en la búsqueda de maneras de financiar este espacio, seguir manteniendo el diálogo cultural que hemos logrado y hacer nuestros libros accesibles a sus lectores. La necesidad que dio origen a nuestro proyecto sigue existiendo y lo seguirá haciendo mientras no existan alternativas editoriales cuya existencia dependa de exigencias de rentabilidad económica en lugar de aquellas propias del desarrollo cultural. Sigo, entonces, persiguiendo de manera sostenida y en asociación con otros agentes culturales, los cambios institucionales indispensables para desmercantilizar nuestra cultura y lograr el compromiso del Estado con el desarrollo cultural de nuestros ciudadanos.

A casi cuatro décadas desde la fundación de Cuarto Propio, ¿cómo has visto transformarse el panorama cultural chileno y latinoamericano que le dio origen al proyecto editorial?

En la última década se han producido eventos virtuosos muy significativos y esperanzadores. Por una parte, una verdadera eclosión de editoriales independientes, no solo a nivel nacional, sino también latinoamericano, que ha venido a enriquecer de manera significativa la oferta y circulación de libros y autores en el continente. Esto ha generado un fructífero diálogo cultural entre nuestros países, alimentado básicamente con el esfuerzo y dedicación de personas y colectivos, cuya pasión por la literatura y necesidad de contribuir y ser parte de un pensamiento crítico en constante ebullición, los ha llevado a gestar proyectos editoriales, encuentros, alianzas e intercambios entre autores, editores y las comunidades. A contrapelo de la mercantilización de la

cultura, han ido logrando superar las barreras territoriales y administrativas que nos mantenían en aislamiento.

Por otro, la conciencia de la necesidad de asociación ha ido tomando una gran fuerza. En nuestro país, un primer intento de trabajo asociativo de siete editores chilenos dio origen, hace ya más de 20 años, a la primera Asociación de Editores Independientes de Chile. Instancia que hoy cuenta con más de 140 socios, que ha sido fundamental en la promoción, gestación y elaboración de la Primera Política Nacional del Libro y la Lectura y las dos siguientes, labor que continúa hasta hoy. Esta asociación fue también un eje clave en la creación de la Alianza Internacional de Editores Independientes, que actualmente cuenta con más de 800 participantes de diversos países del mundo.

Estas asociaciones fueron surgiendo desde la comunidad cultural, en respuesta a la concentración de la industria editorial transnacional que, al alero de la globalización, estaba generando una fuerte recolonización cultural en nuestro continente, amenazando seriamente la bibliodiversidad y las autorías locales, entre otros males. La enorme fuerza económica de estas transnacionales les permitió ir absorbiendo poco a poco a editoriales tradicionales en Europa y Latinoamérica, sumando periódicos, canales de televisión, revistas y sistemas de distribución. Concentraron los derechos de reproducción de obras destacadas a nivel mundial, seleccionando las que se distribuirían en el mundo hispano según criterios más de rentabilidad esperada que de contribución a la cultura. En países como el nuestro, con una institucionalidad cultural muy débil y orientada al mercado, esto se tradujo en una reducción significativa de la oferta, en altos precios por los libros de origen extranjero y en un debilitamiento aún mayor de las golpeadas industrias editoriales nacionales. Hasta hoy, la proporción de compras estatales para los establecimientos educacionales y bibliotecas, es de cerca de un 80% de libros extranjeros versus el 20% de edición nacional.

El sello de la edición independiente es el aporte literario y crítico, que luego por cierto, busca insertarse en el mercado. Los editores independientes y su apuesta por la bibliodiversidad están poco a poco cambiando el signo del quehacer editorial en nuestro continente. Operando en sentido inverso a la lógica mercantil, en que la maximización de utilidades es el motor que define a la industria transnacional.

La asociatividad es el otro gran elemento de cambio positivo de esta década. Ha abierto posibilidades impensadas de circulación de autores y libros en ferias, encuentros charlas, festivales, conectando el trabajo creativo y el pensamiento crítico en Latinoamérica, a pesar de las barreras económicas y administrativas propias del carácter economicista de la globalización.

¿Cuáles han sido los principales hitos de este recorrido literario y cómo resumirías el aporte de Cuarto Propio a los cambios culturales del Chile reciente?

Como señalé anteriormente, uno de los hitos fundacionales en el recorrido de Cuarto Propio fue la publicación de *Escribir en los bordes*. Fuimos la primera casa

editorial de autoras y autores tales como Carmen Berenguer, Elvira Hernández, Nelly Richard, Verónica Zondeck, Soledad Fariña, Malú Urriola, Pedro Lemebel, Stella Díaz Varín, Lucía Guerra; de los estudiosos de la literatura y pensamiento latinoamericanos más relevantes en Chile, Latinoamérica, académicos de Estados Unidos, Francia, lo que permitió que circularan en Chile, algo en Argentina y algo menos en Bolivia, México, Colombia, textos de críticos fundamentales, como Nelly Richard, Julieta Kirkwood, Idelber Avelar, Jean Franco, Sonia Montecino o Julia Kristeva, entre otros.

Se trataba de dar cabida a voces portadoras de una profunda renovación en cuanto a lenguajes y reflexión crítica. El criterio comercial no tenía cabida en estas opciones, el objetivo era otro, de mucho más largo alcance; la apuesta estaba en la densidad y calidad de la propuesta literaria y de la voz crítica de cada uno de estos autores y autoras. Se trataba de sembrar, para una cosecha en cuyos frutos creía firmemente, pero cuyo alcance era desconocido. Los años han emitido su veredicto, hoy nadie duda de la contribución fundamental que sus voces han representado en el enriquecimiento de nuestra cultura y en varios casos, en su impacto internacional.

Una de las aventuras significativas que emprendimos en el país fue el lanzamiento de la colección Huellas de Siglo, que buscaba llevar a todos los rincones de Chile un libro mensual de destacados autores nacionales e internacionales, distribuido en quioscos, a muy bajo costo (entre \$1.000 y \$1.500). Logré que nos permitiera publicar una pequeña obra de Saramago, *El cuento de la isla desconocida*; *Cassandra*, de Krista Woolf, junto a *La última niebla* de María Luisa Bombal, *El cielo* de Nona Fernández, *Cercada*, de Lina Meruane, por mencionar algunos. Esta colección tuvo un gran impacto nacional. Muchos agradecen el haber podido encontrar en el quiosco de la esquina de su casa en sus regiones, o en alejados barrios, este regalo.

El aporte sustancial de Cuarto Propio ha sido el de abrir e instalar un espacio para el pensamiento crítico en desafío al canon patriarcal imperante, desde el arte, la disidencia, la contracultura. El haber logrado instalar la primera editorial con una mirada claramente feminista en Chile y el continente y finalmente, la contribución a abrir el diálogo cultural entre nuestro país y el continente. Fue una semilla cuyos frutos contribuyeron de manera significativa a los cambios culturales que se están produciendo en el Chile de hoy.

¿Cómo ves el actual momento político para el libro y la lectura en Chile y, sobre todo, respecto a la igualdad de oportunidades de publicación y difusión para la escritura de mujeres y disidencias?

Si bien me parece evidente que el interés y disposición hacia la escritura de mujeres y disidencias es hoy muy distinta (positivamente) a la que enfrentamos hace casi cuarenta años, este avance está muy lejos de ser medianamente satisfactorio. Fuera de un circuito reducido, principalmente de intelectuales, artistas y académicos (y de muchos jóvenes), sigue predominando la publicación y difusión de creadores

masculinos por sobre las de mujeres. Las compras estatales, los premios institucionales, los accesos a fondos para creación y difusión son mayoritariamente para hombres. Las excepciones están en el mundo de la literatura infantil (en buenahora) y en temas de autoayuda y afines. Falta mucho ahí.

Desde el punto de vista institucional, lamento decir que veo poco clara una evolución política significativa hacia la cultura y, particularmente, para el libro y la lectura en Chile. No percibo el cambio de perspectiva que se requiere para modificar la lógica de mercado que enmarca todavía el quehacer cultural, en que el Estado sigue cumpliendo un rol subsidiario. Y aunque es muy positivo que el presidente sea un buen lector y que lo manifieste y que el presupuesto de cultura haya aumentado, está al debe de una política de Estado que asuma, de manera sistémica, la responsabilidad que tiene en el desarrollo de la cultura y las artes y en el acceso de estas a la ciudadanía. La esperanza de que esto suceda está aún presente, pero dependerá de si el Gobierno retoma con decisión la vía del diálogo con el mundo de la cultura, sigue impulsando las instancias de colaboración con los diversos agentes de la sociedad civil existentes y es capaz de concretar las propuestas allí elaboradas en una política coherente dotada de los resguardos legales y los recursos necesarios para hacerse efectiva.

